

plaza pública para la edición del 3 de octubre de 1991

Incidente fronterizos

Peligro de otras intromisiones

miguel ángel granados chapa

El comandante Hugo García de Quevedo, de la Policía Fiscal Federal, encargado del servicio de la garita uno en Tijuana en el turno matutino, rindió el 14 de septiembre el siguiente parte de novedades al comandante José Vázquez Esparza:

"Siendo las 12.15 horas aproximadamente, se escuchó la alarma que tienen instalada los norteamericanos para casos de emergencia de vehículos en fuga; estando las seis líneas abiertas, con un promedio de treinta a treinta y cinco vehículos por carril, se trató de dar agilidad y desfogue para hacer más rápido el movimiento de vehículos; se relatan los hechos conforme a lo que se vio. Ya detenida la unidad perseguida, a unos 25 metros de la línea divisoria bajaron a los ocupantes con lujo de fuerza, y en ese momento se les escapó un individuo de aproximadamente 28 años de edad, hacia el lado mexicano, siguiéndolo los elementos de la Border Patrol, introduciéndose unos 15 metros. En ese momento el comandante en turno les explicaba a las autoridades extranjeras que ya se encontraban en territorio mexicano, haciendo caso omiso de ello dichas autoridades.

"En el forcejeo golpearon a un elemento de la policía fiscal, de nombre Agustín González Rodríguez, llevándose a la fuerza al individuo fugitivo, mencionando palabras altisonantes en contra de México y los mexicanos".

Ese episodio, el más sobresaliente pero no el único entre las acciones agresivas de la patrulla fronteriza norteamericana, ha provocado fricciones diplomáticas entre los dos países. La cancillería mexicana cursó una nota de protesta al Departamento de Estado. Y aunque el embajador Negro Ponte quiso minimizar el suceso, la Secretaría de Gobernación pidió a la Procuraduría General de la República la averiguación previa correspondiente. Pero más importante todavía que la intromisión ajena en territorio mexicano, fue la actitud de los agen

plaza pública/2

3 Oct

tes norteamericanos, que hostigan verbalmente a los mexicanos cada que pueden. Esa actitud, por su lado, es parte del clima antimexicano que agrupaciones extremistas han estimulado en los años recientes en California y Texas especialmente.

Es normal que a lo largo de una frontera muy extensa abunden los incidentes, sobre todo si de un lado de la línea divisoria se extiende la economía más grande del mundo y del otro un país todavía en graves dificultades en esa materia. Los cantores del éxito de los planes financieros gubernamentales harían bien en acercarse a la zona de El Bordo, en Tijuana, para presenciar el triste y trágico espectáculo de cientos, quizá miles de personas, jóvenes la gran mayoría que pululan alrededor de la frontera y de pronto echan a correr hacia el lado ~~lado~~ norteamericano, a jugar una especie de lotería migratoria: lo hacen en la nariz de los guardias fronterizos, sabedores de que por el número de los corredores, mucho mayor que el de los patrulleros, éstos podrán detener sólo a unos cuantos, entre los cuales aspiran a no estar los audaces que empuñan la carrera. Como resultado de esa operación y de otras muchas, organizadas por pollos en pequeña o gran escala, todos los días entran sin documentos entre dos mil y tres mil mexicanos, sólo a California.

Ese fenómeno obedece en gran medida a las condiciones de pobreza imperantes todavía en México, y a la creencia de que la sociedad norteamericana es, para todos, un mundo de oportunidades. Mientras se comprueba si es así o no, los indocumentados mexicanos son a menudo hostilizados no sólo por sus empleadores, que sacan provecho de denunciarlos ellos mismos llegado el caso, sino por ~~los~~ extremistas ~~o~~ kukluxclanescos y hasta por buenas personas incapaces de comprender que si la limpieza y orden de sus ciudades son alterados sean holladas por gente inculta e indecente, su raíz es la misma de tan indoculta ~~mentada y mexicana~~ como la que con su trabajo manual hace posibles tal orden y limpieza.

Por tratarse de un clima social, no es posible enfrentarlo con medidas de autoridad. Pero sí posible hacerlo con respecto de algunas de sus consecuencias, como la impunidad que beneficia a los agentes de la Border Patrol, cuya violencia ha llegado a hacerse ya proverbial. Deben recibir castigo quienes lo merezcan, y en el lo ha de afanarse el gobierno mexicano.

• A esa preocupación correspondió la insistencia del Presidente Salinas, ~~exsáñadoexpasado~~ al abordar el tema, el sábado pasado, durante su visita a San Diego. Por lo menos en tres ocasiones lo hizo: en el discurso con que agradeció la medalla conferida por la Universidad de California, en su conversación con el gobernador Pete Wilson y durante un seminario organizado por el centro de Estudios México-Estados Unidos. O sea, prácticamente en cuanta oportunidad tuvo mientras permaneció en esa zona, ~~en que~~ la porción fronteriza donde más abiertamente chocan las culturas, las economías y las sociedades de ~~nuestros~~ ^{los} dos países.



HOY JUEVES 3
DE OCTUBRE DE 1991

TRIUNFO DEL DERECHO



*En la reunión de canci-
lleres de la OEA convocada
con la mayor celeridad para*

■ PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

■ Incidentes fronterizos

■ Peligro de otras intromisiones

El comandante Hugo García de Quevedo, de la Policía Fiscal Federal, encargado del servicio de la garita uno en Tijuana en el turno matutino, rindió el 14 de septiembre el siguiente parte de novedades al comandante José Vázquez Esparza:

“Siendo las 12:15 horas aproximadamente, se escuchó la alarma que tienen

■ 4

1200 pesos

instalada los norteamericanos para casos de emergencia de vehículos en fuga; estando las seis líneas abiertas, con un promedio de treinta a treinta y cinco vehículos por carril, se trató de dar agilidad y desfogue para hacer más rápido el movimiento de vehículos; se relatan los hechos conforme a lo que se vio. Ya detenida la unidad perseguida, a unos 25 metros de la línea divisoria bajaron a los ocupantes con lujo de fuerza, y en ese momento se les escapó un individuo de aproximadamente 28 años de edad, hacia el lado mexicano, siguiéndolo los elementos de la Border Patrol, introduciéndose unos 15 metros. En ese momento el comandante en turno les explicaba a las autoridades extranjeras que ya se encontraban en territorio mexicano, haciendo caso omiso de ello dichas autoridades.

“En el forcejeo golpearon a un elemento de la Policía Fiscal, de nombre Agustín González Rodríguez, llevándose a la fuerza al individuo fugitivo, mencionando palabras altisonantes en contra de México y los mexicanos”.

• Ese episodio, el más sobresaliente pero

no el único entre las acciones agresivas de la patrulla fronteriza norteamericana, ha provocado fricciones diplomáticas entre los dos países. La Cancillería mexicana cursó una nota de protesta al Departamento de Estado. Y aunque el embajador Negroponte quiso minimizar el suceso, la Secretaría de Gobernación pidió a la Procuraduría General de la República la averiguación previa correspondiente. Pero más importante todavía que la intromisión en territorio mexicano, fue la actitud de los agentes norteamericanos, que hostigan verbalmente a los mexicanos cada que pueden. Esa actitud, por su lado, es parte del clima antimexicano que agrupaciones extremistas han estimulado en los años recientes en California y Texas especialmente.

Es normal que a lo largo de una frontera muy extensa abunden los incidentes, sobre todo si de un lado de la línea divisoria se extiende la economía más grande del mundo y del otro un país todavía en graves dificultades en esa materia. Los cantores del éxito de los planes financieros gubernamentales harían bien en acercarse a la zona de El Bordo, en Tijuana, para presenciar el triste y trágico espec-

táculo de cientos, quizá miles de personas, jóvenes la gran mayoría, que pululan alrededor de la frontera y de pronto echan a correr hacia el lado norteamericano, a jugar una especie de lotería migratoria: lo hacen en la nariz de los guardias fronterizos, sabedores de que por el número de los corredores, mucho mayor que el de los patrulleros, éstos podrán detener sólo a unos cuantos, entre los cuales aspiran a no estar los audaces que emprenden la carrera. Como resultado de esa operación y de otras muchas, organizadas por *polleros* en pequeña o gran escala, todos los días entran sin documentos entre dos mil y tres mil mexicanos, sólo a California.

Ese fenómeno obedece en gran medida a las condiciones de pobreza imperantes todavía en México, y a la creencia de que la sociedad norteamericana es, para todos, un mundo de oportunidades. Mientras se comprueba si es así o no, los indocumentados mexicanos son a menudo hostilizados no sólo por sus empleadores, que sacan provecho de denunciarlos ellos mismos llegado el caso, sino por extremistas *kukluxklanescos* y hasta por buenas personas incapaces

de comprender que si la limpieza y el orden de sus ciudades son alterados por gente inculta e indecente, su raíz es la misma de la que con su trabajo manual hace posibles tal orden y limpieza.

Por tratarse de un clima social, no es posible enfrentarlo con medidas de autoridad. Pero sí es posible hacerlo respecto de algunas de sus consecuencias, como la impunidad que beneficia a los agentes de la Border Patrol, cuya violencia ha llegado a hacerse ya proverbial. Deben recibir castigo quienes lo merezcan, y en ello ha de afanarse el gobierno mexicano.

A esa preocupación correspondió la insistencia del presidente Salinas al abordar el tema el sábado pasado, durante su visita a San Diego. Por lo menos en tres ocasiones lo hizo: en el discurso con que agradeció la medalla conferida por la Universidad de California, en su conversación con el gobernador Pete Wilson y durante un seminario organizado por el Centro de Estudios México-Estados Unidos. O sea, prácticamente en cuanta oportunidad tuvo mientras permaneció en esa zona, la porción fronteriza donde más abiertamente chocan las culturas, las economías y las sociedades de los dos países.